alguna lo hiciera; después de conocer que en el alma de Agustín comenzaban á despertarse las pasiones; cuando, para mejor protegerle, hubo atraído á su madre política, convertido á su marido, y purificado ¡demasiado tarde! la detestable atmósfera en que se vió precisada á criar un hijo tan querido; después, en fin, que le hubo seguido sin descanso á Cartago, á Roma y á Milán, haciendo resonar siempre en sus oídos las palabras más dulces y más penetrantes, acompañadas de viril energía; viendo que todo era inútil, que su hijo no escuchaba nada, antes por el contrario corría de precipicio en precipicio, se vuelve resueltamente á Dios, como en otro tiempo la desgraciada Agar, y, cierto día en que el peligro era más inminente, exhala de su corazón un grito tan penetrante, y un sollozo tan profundo y conmovedor, que no sabiendo ni queriendo Dios resistirse á él, como en tales casos no resistirá jamás, la devolvió su hijo. Esta madre murió de gozo y completamente dichosa, dejando á todas las madres que lloran como ella había llorado, el secreto de consolarse. Esta es la historia de Santa Mónica según que yo la concibo y como aspiro á escribirla, si Dios que me hizo la gracia de inspirarme la idea, se digna bendecir y dirigir mi pluma.

Acaso se me pregunte, dónde he encontrado

materiales para tal historia; pero yo á mi vez preguntaré á los que tal hicieren, si creen que Dios ha creado semejantes maravillas para que permanezcan ocultas, y encendido tales astros para que no derramen su luz. Dios mismo ha proporcionado materiales para la historia de Santa Mónica, preparando un historiador muy digno de ella: y ¿quién podía ser este historiador sino *el hijo de tantas lágrimas?* Agustín amaba con delirio á su madre; hablaba de ella sin cesar, y ha embalsamado con su recuerdo casi todos los escritos de su pluma. Veinte años después de la muerte de Mónica, envejecido por el trabajo más que por los años; encanecido en la penitencia, y cuando hubo llegado á ese estado en que el amor de Dios, rompiendo los diques é inundando su corazón, debería haber destruído en él todos los demás amores, Agustín no podía recordar á su madre, aun estando en el púlpito, sin que asomaran las lágrimas á sus ojos. Abandonábase entonces á los encantos de este recuerdo; hablaba de él á su pueblo de Hipona, y en sus sermones, donde no se esperaba cosa semejante, tenía palabras encantadoramente bellas, manifestándose juntamente la reconocida piedad del hijo y la grande elevación de su ciencia y santidad. En ninguna parte, sin embargo, preciso es decirlo, ha hablado de su madre esta

grande alma con más detalles, mayor alegría y emoción más profunda, que en el libro de sus *Confesiones;* y no obstante, al leer esta obra, se comprende que Agustín no lo dice todo. Un como pudor detiene su pluma, y en muchos lugares se ve bien claramente que él mismo amortigua ex profeso la aureola de su madre, temeroso de que algún rayo de luz vaya á reflejarse sobre su propia frente. Pero lo que él no dice, el corazón lo sospecha, la tradición lo indica, y á menudo lo canta la Iglesia. La Iglesia que es también madre, y que no sabe hablar friamente de sus hijos, ha celebrado á Santa Mónica con esa elocuencia, propia únicamente de la esposa de Jesucristo. Los Santos que pasaron por este mundo, los Doctores, los Pontífices, las vírgenes, los grandes escritores y los grandes oradores, todos la han aclamado, por espacio de muchos siglos, con palabras dignas de ser conocidas. Yo he recogido de ellos varias perlas, y formado este precioso joyero que ofrezco hoy á las madres cristianas.

Por lo demás, me apresuro á decirlo, la idea de esta obra no me pertenece; la debo á un hombre á quien soy deudor de muchos beneficios; á un grande y santo Obispo que, desde hace algunos años especialmente, derrama sobre mí torrentes de luz y de paz; y entre otras cosas que guardo en secreto, me ha enseñado á consagrar

el alma al culto de la verdadera grandeza, que no es otra que la verdadera santidad. Este santo Obispo, tan amable como grande, cuyo nombre no necesito revelar á los que han leído la *Historia de Santa Juana Chantal*, es San Francisco de Sales. Al estudiar sus obras, he quedado admirado de la devoción y tierno entusiasmo que la Santa le inspiraba, de lo cual se hallará una prueba en el curso de este trabajo. Al presente diremos sólo que San Francisco habla de la Santa en muchas páginas de sus obras; que sin cesar la presenta por modelo á todas las señoras, á las casadas, á las madres y con especialidad, á las que tienen Agustinos. Haremos notar particularmente que, cuando San Francisco de Sales quiso elevar á la señora de Chantal al grado de perfección que Dios exigía de ella, no la buscó otra patrona que Santa Mónica; exigiendo que durante los primeros años de su viudez, en que sin abandonar el mundo la enseñaba á portarse como santa, tuviese constantemente ante sus ojos la heroína de nuestra historia; y á ella también quiso dirigiese sus miradas, cuando se propuso separar á la señora Chantal del propósito de hacerse Religiosa, mientras que sus hijos demasiado jóvenes todavía, necesitaban de sus cuidados; y por último, no hay para qué decir, que más tarde, durante la brillante pero

peligrosa juventud de Celso Benigno, cuando la madre veía empeñado á su hijo en aquellas amistades, que la hacían estremecer pensando en el riesgo que corría su alma; San Francisco de Sales la representaba más á menudo y con mayor ternura el modelo de Santa Mónica. Al lado de la Virgen de los Dolores que el santo Obispo le había enviado, y que ella tenía colgada en su gabinete á los pies del crucifijo, quiso aquél pusiese también para contemplarla á menudo, la de esta madre afligida, sobre cuyo corazón reposaba el hijo que había salvado con sus lágrimas; y por fin, cosa aún poco conocida, cuando el santo Obispo había ya desaparecido de la tierra, dejando á la venerable madre llena de dolores é inquietudes, inquietudes como fundadora y dolores como madre; un día en que éstos la afligían más que nunca, por correr la voz de que su Celso Benigno podría morir decapitado como el Duque de Boutteville, á causa de su funesta é incorregible costumbre de batirse en duelo; un día, digo, en que Santa Juana sucumbía al peso de su aflicción, puede decirse que San Francisco de Sales salió de su tumba, para obligarla á leer la historia de Santa Mónica; pues estando tan afligida madre arrodillada al pie del altar, se dejó oir una voz, que reconoció ser de su bienaventurado Padre, diciéndole: *Lee el libro octavo de las Confesiones de San Agustín.* Y

al leer de nuevo estas páginas admirables, en donde se ve al hijo redimido por las lágrimas de su madre, tuvo el presentimiento de que ella también salvaría á su Celso Benigno, á fuerza de orar, de llorar y de inmolarse por él, lo cual sucedió en efecto. Repito, pues, que todas estas cosas han de verse naturalmente desarrolladas en el curso de esta historia, según observarán mis lectores.

Creo haber dicho lo bastante para explicar cómo vino á mi mente la idea de esta obra, y para rendir un homenaje de reconocimiento al amable y santo Obispo que me la ha inspirado. Si en el siglo XVII San Francisco de Sales, presentando como modelo á Santa Mónica, ha sostenido, consolado y fortalecido á tantas madres afligidas, ¿por qué hoy ese mismo ejemplo no ha de producir idénticos efectos? El mundo entonces se mostraba obscurísimo, la Reforma desgarraba el seno de la Iglesia, los escándalos se multiplicaban, las apostasías públicas y privadas asustaban las almas, las madres temblaban; y para animarlas y consolarlas, y para enseñarles que los hijos no corren peligros que sus madres no puedan conjurar, San Francisco de Sales decía muy alto: «Leed la historia de Santa Mónica, y »en ella veréis el cuidado que tuvo de San Agus- »tín, y muchas cosas que os consolarán.»

Hoy el mundo no es mejor que lo era á fines del siglo XVII, los peligros no son menores, ni menos apremiantes; con los principios han desaparecido las costumbres, el aire que respira la juventud está impregnado de sofismas; turbado el hogar doméstico, la cuna de los pequeñuelos no está más segura; quizás nunca como hoy las esposas y las madres dignas de su misión, estén llamadas á llenar tan importantes deberes. Séame, pues, permitido decirlas, si no ya con la autoridad de un San Francisco de Sales, ni mucho menos con el encanto de su palabra, siquiera con un corazón que comprende sus dolores, y sabe compadecerlos: *Leed la historia de Santa Mónica: aprended de esa esposa y de esa madre á pedir, á rogar como ella; á esperar siempre, á no desanimaros jamás; y no olvidéis que, si la juventud corre hoy tan grandes peligros, es porque no hay bastantes lágrimas en los ojos de las esposas y de las madres.*

EM. BOUGAUD,
Vicario general de Orleans.

Orleans, víspera de Todos los Santos.

CAPITULO PRIMERO

NACIMIENTO Y FAMILIA DE SANTA MÓNICA.
PRIMEROS AÑOS DE SU JUVENTUD.—SU MATRIMONIO

Años 332 al 353.

EL camino que de las ruinas de Cartago conduce á las de Hipona pasando por la antigua *Sicca Veneria*, atraviesa uno de los países más bellos de la tierra. Los antiguos alababan su fertilidad; y en efecto, aunque por espacio de doce siglos, el desierto envió sobre este contorno sus estériles y abrasadores vientos, ha bastado el golpe de las azadas francesas, para que renaciesen selvas de olivos, limoneros y naranjos, y bosques de rosales y de vides, que producen abundantes cosechas. No ha sido menester más, para que salieran también de entre las arenas una multitud de monumentos bellísimos del arte romano, fragmentos de estatuas, trozos de columnas y sarcófagos cubiertos de inscripciones,